

# Capítulo 1

Amanecía en la ciudad, al ritmo de la fría garúa que caía del cielo plumizo que la cubría, un cielo gris de melancolía; un cielo, que más que un manto protector de nuestros desvelos, para Sebastián parecía una pesada carga que lo oprimía. Quizás lo invadía esta sensación, por el estado en el que estaba sumergida su alma, sentía que ese cielo le ahogaba el pecho y lo empujaba contra el colchón, como si quisiera evitar que se levantase.

Sebastián era un joven conductor de un programa de radio con una audiencia de mediana cuantía. Era un hombre, no muy alto, de cuerpo atlético; en realidad no tenía ningún signo físico que lo destacara. Tenía un rostro amable, sereno, un rostro que transmitía empatía casi en forma automática; quizás fuese por sus ojos color castaño, que resplandecían llenos de cálida energía.

Todos en la casa dormían. El silencio era tan profundo, que podía escuchar a su lado la rítmica respiración de su esposa Carla, que sumida en sus sueños matinales, no podía imaginar lo que sucedía a su lado. Sebastián se debatía en una lucha desgarradora dentro de su alma, una lucha en la que se sentía arrinconado por un enemigo invisible, insensible; un enemigo al que le temía, sobre todo porque no podía reconocer quién era.

Desde hacía tiempo sentía la presencia de este rival que lo carcomida por dentro, no podía verle la cara, no podía identificarlo, sólo sabía que se encontraba allí, al acecho, como si fuese un animal carroñero, esperando que su presa se dé por vencida, que abandone la lucha, que se entregue rendida, sumisa.

A pesar de ser domingo, se levantó temprano; le gustaba disfrutar de ese momento del día. Fue a la cocina, encendió la hornalla y puso el agua a calentar para preparar el desayuno. Esos momentos de silencio profundo le transmitían una paz difícil de describir. Sentía que el tiempo se detenía y que podía dejar a su mente divagar sin un norte definido. Quería disfrutar de ese momento, necesitaba ordenar las cosas en su cabeza, lo necesitaba porque algo muy dentro suyo le advertía que se venían tiempos cruciales.

-Papá- se escuchó que lo llamaba su hijo Lucas desde su dormitorio, el llamado lo devolvió a la realidad y le dibujó una sonrisa en el rostro. Ese niño era su mayor alegría, cuando el mundo parecía derrumbarse, sólo necesitaba traer a su mente la imagen de Lucas, riendo, abrazándolo y regalándole un te quiero papá, para que todo vuelva a estar en orden, para que todo tuviese sentido.

Lucas tenía ocho años, era un ángel. Menudo, castaño, ojos marrones y vivaces, sus facciones tenían el sello indiscutible de la paternidad de Sebastián. Si creemos que los niños son puros y se van contaminando con la sociedad, Lucas parecía ser inmune a esto; alegre, dulce y generoso, era muy querido entre sus compañeros de colegio y por los docentes, a los que respetaba y obedecía con natural sinceridad.

-Buenos días Lucas, ¿quieres que desayunemos ya?- durante los fines de semana, el momento del desayuno era tanto o más importante que el de las otras comidas. Era el momento de iniciar el día todos juntos, en familia; era el comienzo, y todo comienzo merecer la mayor atención.

Mientras charlaba con su hijo, Sebastián exprimía unas naranjas para hacer jugo y preparaba unas tostadas de pan. El olor del pan tostado mezclado con el del té y el sabor de la manteca derretida, conformaban un cuadro saturado de sensaciones que simbolizaban en su espíritu al hogar.

Una vez que el desayuno estuvo listo le dijo a Lucas -andá a decirle a mami que el desayuno está listo-.

Lucas salió corriendo y subió las escaleras llamando a Carla a lo largo de todo el camino -¡mami! ¡mami! ¡a desayunar!-.

Minutos después apareció Carla en la cocina; con cara de estar aún medio dormida, miraba a Sebastián con los ojos entrecerrados -buenos días- lo saludó dándole un beso y preguntó -¿Por qué tan temprano?-.

Su esposa era una mujer atractiva y lo seguía siendo con el paso de los años. Sin producirse, cara lavada, despeinada y en pijamas, conservaba su natural belleza, sobria y cálida.

-Me dijiste que te despertara temprano porque tenías algunas cosas que hacer-.

Carla seguía en espíritu en la cama, solo su cuerpo había bajado a la cocina -es cierto. ¡Qué rico desayuno! ¿Lo hiciste vos Lucas?-.

-No, fue papá-.

-Muchas gracias mi amor- dijo mientras comenzaba a comer una de las tostadas que aún se encontraba tibia.

Así transcurrió un domingo apacible, en el cual la familia disfrutó el uno de la presencia del otro, una pausa necesaria en la alocada carrera de la vida cotidiana. Lo que Sebastián no alcanzaba a percibir, es que esa calma sólo precedía a una tormenta que lo cambiaría todo.